

# EL CATOLICISMO,

2091

PERIODICO OFICIAL DEL ARZOBISPADO,

ECO DE LAS POBLACIONES CATOLICAS DE LA NUEVA GRANADA.

## EL CATOLICISMO.

### LA GRAN CUESTION DE LA PRENSA CATOLICA.

→ *El Catolicismo* debe permanecer neutral en toda contienda política, para que de ese modo sea el verdadero órgano de las enseñanzas morales i religiosas de la Iglesia en la Nueva Granada: en los diversos partidos que dividen a los granadinos, se encuentran católicos; i si los católicos de una fracción política ven que el periódico católico hostiliza sus opiniones, deja de ser para ellos un vehículo imparcial i simpático, i sucede a la larga que las mismas ideas religiosas i morales que se empeña en difundir, son miradas con aversión i hasta con odio, por el mero hecho de que las sostiene i propala una prensa que en lugar de estimación i confianza, inspira desapego i ojeriza a los miembros de una secta política, que se ve atacada i tratada con dureza i menosprecio."

Tal era, poco mas o ménos, el raciocinio con que, hace cuatro o cinco días, trataban de persuadirnos a que quitásemos a nuestro periódico toda injerencia en asuntos políticos, dos amigos nuestros, sujetos apreciables por su piedad, instrucción i talentos, pero con quienes por desgracia no nos cabe la satisfacción de estar de acuerdo sobre este punto importantísimo.

Si los partidos, replicáramos a estas observaciones, que se disputan el poder público en la Nueva Granada, fuesen contendores en una liza puramente política, esas reflexiones, sobre oportunas, tendrían el mérito indisputable de la justicia i de la verdad, i entónces la intervención de *El Catolicismo* en esas diferencias, pecaría no ya siquiera contra las leyes de la prudencia, si que también contra las de la caridad. Pero por desgracia para el país i aun para nosotros personalmente, puesto que ello nos obliga, mui apesar nuestro, a tomar parte en cuestiones harto enojosas, la realidad está mui distante del supuesto sobre que reposan esos argumentos: porque los dos partidos que pugnan por dirigir la cosa pública i que al efecto combaten de continuo, ya en las urnas eleccionarias, ya en los campos de batalla, ya en las luchas parlamentarias, están llamados a decidir nada ménos que de la conservación o destrucción del elemento religioso i moral en nuestras poblaciones. I siendo así, ¿puede *El Catolicismo* permanecer indiferente, sin que se ponga en manifiesta i ridícula contradicción con la bandera religiosa i moral que tiene la honra de haber enarbolado? No, mientras nuestros partidos estén separados por tendencias tan trascendentales para la Sociedad i para la Iglesia, *El Catolicismo* debe apersonarse en la lid i apersonarse con todo el arduo i abnegación del mas interesado en ella: si en el estado actual de nuestra política, asumiese *El Catolicismo* el carácter de mero espectador, o de mediador impar-

cial de los beligerantes, mereceria mui bien, en el primer caso, las maldiciones i el enojo de los campeones de los principios conservadores de la sociedad; i se atraeria justamente, en el segundo, el escarnio i la rechifla de los que, atacando nada ménos que las doctrinas de la augusta institucion da su nombre, no podrían ménos que contestar con silbidos i sarcasmos a nuestras importunas i quijotescas pláticas de mediación i de imparcialidad. *El Catolicismo*, pues, debe ser, como en efecto lo es, el periódico conservador por antonomasia: mejor dicho, el periódico antirradical por excelencia.

¿Nos equivocamos en estas apreciaciones? díganlo nuestros lectores, si es que no han perdido el recuerdo de lo que, en corroboración de ellas, leen casi semanalmente. Pero no somos los únicos en pensar así: ya nuestros suscritores vieron inserta en algunos de nuestros números del año pasado, la hermosa publicación con que *El Correo de Ultramar* obsequió a sus abonados, i en la que con una fuerza de lógica, comparable tan solo a la belleza i valentía de las formas, demostró que la gran cuestión que mantiene separados a los granadinos en los dos bandos llamados conservador i radical, es eminentemente moral i religiosa.

Hoy producimos otro testimonio nada sospechoso: aludimos a los fragmentos que a continuación copiamos de un famoso artículo del *Diario de Avisos de Caracas*, copiado íntegramente por nuestro cofrade *El Porvenir*. Ya que razones de injente peso nos estrechan a privarnos del placer de reinsertar dicho artículo en toda su estension, extraeremos lo que por ahora basta a nuestro intento.

Tienen los pueblos el instinto del bien, i como adivinan que en el bien está su fortuna i su gloria, solicitan el bien con el mismo empeño que los cuerpos físicos el centro de gravedad. Mas que su ignorancia, los desvia de su derecho natural la falsa sabiduría. Arrastrados de la ignorancia al error, de la humildad a la soberbia, extinguen en ellos todo amor a la verdad, encarnizan en ellos todo amor a la mentira; adormecer i olvidar i extinguir en ellos sus afectos generosos, i despertar i enardecir i enconar sus odios furibundos; hacerles repulsivo el bien i atractivo el mal; pervertirlos de manera que llamen a la gloria infamia, i a la infamia gloria; depravarlos de modo que para llegar a la tierra de las menudas esperanzas, arranquen desatentados i en tránsito por el camino que los lleva a la región de todos los dolores, ... es mas que el colmo de la locura, el colmo de la impiedad. Esto saben hacer los fariseos i los ultraristas i los radicales, que matan la fé en los pueblos, para explotar su ceguera; que les crean una esperanza odiosa, para alentarlos en su carrera inicua; que matan en ellos la caridad, para explotar sus odios. Todo el amor que aparentan a la humanidad eras justos prototipos, viene a condensarse en el mas infame egoísmo. Ellos son la Patria, ellos son el pueblo, ellos son el género humano. Sin ellos hai tiranía, sin ellos hai opresion, sin ellos hai servidumbre. A trueque de ser ellos los primeros actores en el escenario del mundo, crucifican la Patria i reniegan de Dios. No son de ayer los fariseos, ni los ultraristas, ni los radicales; son tan antiguos como la lucha del bien i del mal. Fariseo i ultrarista i radical era Cain. No desmente nunca sus títulos de raza la augusta descendencia del matador de Abel. En todas las zonas i en todos los tiempos presentan claro i distinto el aire de familia.

Quiéren los fariseos, que el pueblo acija ciego sus paternales insinuaciones, en premio a sus grandes virtudes i a sus grandes promesas.

Quiéren los humanitarios ultraristas la equitativa repartición de las glorias terrenales, i condición de ser ellos mismos los repartidores.

65

ndez.  
ardo  
ález,  
iz.  
sas.  
nos.

Quiere a los radicales el trastorno profundo, la *reforma sustancial* de la sociedad existente, con tal que el trastorno profundo i la reforma sustancial se hagan con tal pulso i con tal saber i con tal justicia que, al precio de algun sobresalto i de algun terror en las entrañas sociales, puedan ellos ascender ufanos a la cumbre del poder. Estas jentes honradas sufren con el sufrimiento de los pueblos; i es tan intenso su amor a los desgraciados que, ménos su persona i sus delicias, son capaces de sacrificarlo todo por redimirlos del yugo de la desgracia. Es tal la blandura de estos hombres de bien, que estiman inhumana la lei que castiga al asesino aleroso, al ladrón consuetudinario, al descarado perturbador del orden público. La *seriedad* tiene, según ellos, la obligación de consentir los males que no ha sabido o no ha podido prevenir. Para estos bienaventurados no deja de ser una tiranía social el castigo de la lei. El asesino mata al que le estorba en el camino de su libertad. El ladrón arrebató, en uso de su libre albedrío, lo que necesita para vivir holgadamente, porque es una monstruosidad el que haya pobres, cuando hai ricos.

El montonero, en uso de su soberanía, quiere un orden de cosas en que le corresponda a él ser actor principal. Los fariseos dicen a la muchedumbre alucinada: "la gloria va con nosotros; seguidnos!" i esa gloria es la infamia.

Las ultraiistas excorban a las victimas de la desgracia inevitable o de la viciosa indigencia, gritándoles: "no más lágrimas! no más desesperación! no más desgraciados en la tierra; seguidnos a conquistar vuestro lote de ventura!" i ese lote de ventura es la ignominia que oprime el corazón i la impiedad que mata el alma. Buscaron en el odio la vida, i encontraron la muerte.

Los radicales desentranan la turbulenta *soberanía* de las muchedumbres: no hai coto a sus derechos soberanos: mas que principio, es dogma su omnipotente voluntad. Contrariar las deshechadas muchedumbres, es un ultraje a las doctrinas radicales. Los montoneros, por el derecho del número, pueden i deben imponer su voluntad caprichosa al país. La sinrazon, elevada a la última potencia, nos da la razon absoluta, en sentir de los radicales. En el número está la verdad, i en el número la justicia; i la justicia i la verdad deben reinar en la tierra; i como los radicales creen como los longos, i se reproducen como los pulpos, al andar que andamos, llegaremos pronto al reinado absoluto del radicalismo i al pontificado absoluto de su digno compañero, el ateísmo:

*Dies ire, dies illa.....*

Como el principio, tiene el dogma sus radicales. Simon Mago i Cerinto, Wicleff i Hus, Lutero i Calvino son ultraiistas dogmáticos. I tan hipócritas i tan pérfidos como los ultraiistas civiles. Uno i otros vuelven la espalda a Dios, i van de frente al encuentro de todas las locuras i de todas las abominaciones. El error i la perversidad pueden, considerar dignos de la apoteosis i levantar altares a tan insignes malhechores: gloria deleznable, como toda falsa gloria: apoteosis evanescente, como evanescente mentira.

El decálogo de los radicales se reduce a un solo mandamiento: amarse a sí mismos, siempre a sí mismos, sobre todas las cosas.

Mentir i calumniar es sistema; i entre los embusteros i los calumniadores reclutan los soldados de sus filas indisciplinadas.

Su humanidad farisáica es comparable a su satánica soberbia: su mentida compasion a su verdadera crueldad: su falso desprendimiento a su implacable egoísmo.

Quando publicuemos la historia del radicalismo, apreciaremos en todo rigor los grandes hombres radicales i los grandes hechos radicales. Por ahora, juzguémoslos por algunas de sus propias obras mas recientes, i juzguemos a los que afectan de una manera mas sensible nuestra vida social. Nada mas absurdo que tal sistema, nada mas inconsecuente que tales doctrinarios, nada mas funesto que tales doctrinas. Hai en tal sistema derechos imprescriptibles para los vagos i para los perdidos, que desconocen todo deber, ménos el deber de la vagancia i el de la perdición. Es elástico el derecho de los radicales: si están en minoría, tienen derecho a gobernar la tierra, i hai atropello en no consentirles gobernarla, i deben rebelarse contra el atropello. Si son mayoría, su caprichosa voluntad es lei, i como en el número está la justicia, es justa su arbitrariedad.....

Estos fariseos, ídólatras de las mayorías, que representan la verdad i la justicia, según la doctrina de su escuela, protestan uno i otro día i siempre contra las mayorías contrarias que, por el mero hecho de mayorías, representan la verdad i la justicia que tanto proclama el partido radical i que son dignas de todo acatamiento. ¿Con qué derecho protestan contra las mayorías los apóstoles de las mayorías? ¿Por qué, ayer i hoy, acá i allá, no sostiene sus principios la escuela radical? ¿Por qué ha de ser hoy mentira lo que ayer era verdad, i lo que ayer era justicia ha de ser hoy iniquidad?

*Ab uno diserte omnes.*

Los rasgos de familia no los desmienten nunca los radicales. Condenan siempre el orden público en que no entra para nada su altísima personalidad: a ella lo refieren todo. Si esa personalidad altísima se encuentra, como dice Escosura, en homeopática minoría, en esa minoría homeopática está la verdad i está la justicia; i la mayoría contraria es una mayoría ministerial, mayoría servil, vendida al poder. Si son mayoría los radicales, la sociedad debe tolerar paciente i resignada el yugo de sus desenfuegos i de sus persecuciones: ellos son la lei; i si son minoría, tienen el derecho de protestar i de conspirar i de rebelarse en nombre de la verdad i de la justicia que representan. En minoría son mártires de la iniquidad, i en mayoría sacerdotes de la justicia, aunque como minoría sean rebeldes a la lei, i verdugos de la inocencia como mayoría.

Nada mas fácil que una mayoría radical, cuando la falsa tribuna, en nombre de una satánica libertad, predispone a la rebelión las masas sencillas, halagando las malas pasiones, i mediéndoles sonadas venturas, i todo el calor de una sociedad confiada i de un Gobierno indolente.....

Los radicales que se titulan a sí mismos, con mucha modestia, representantes de la verdad, tolerantes, tolerantísimos, como los partidos extremos, rechazan de su comunión a los que no rubriquen ciegamente el programa de sus doctrinas. I en nombre de la soberanía radical enarbolan sin punto una bandera fraccionaria que excluye ligerosa todo lo que con ella no se identifique. Ni voluntad distinta, ni distinto pensamiento, aceptan los doctrinarios de esa escuela, falsa, mentirosa i subversiva, cuando son pocos sus adeptos; soberbia, inicua, tiránica, cuando son formidables sus filas.

El radicalismo de América es la copia mas exagerada del radicalismo de Europa, mas pérfido i mas inicua en su carácter. Rosas abrió su escuela radical en la Confederación Argentina: el doctor Alcina, enemigo de Rosas, tan cruel como Rosas, abrió su escuela en Buenos Aires. López, discípulo del doctor Francia, persevera en el Paraguai, enseñando radicalismo: Belzu enseñó en Bolivia, Echenique enseñó en el Perú, i Urbina en el Ecuador, i Obando en Nueva Granada, i Alvarez en Méjico; i entre nosotros los Monagas imprimieron esplendor i firmeza al radicalismo de Guzman, que lucha hoy desesperado por reconquistar sus dominios naturales.....

El primer estado radical de Sur-América es hoy la Confederación Granadina, i el doctor Murillo el Moisés que desde la cumbre de Nevo, en *El Tiempo* de Bogotá, señala a sus correligionarios la tierra de Canaan. A su derecha tiene el nuevo Josué, predestinado para fijar en la tierra prometida el estandarte de la redención.....

A vista de lo copiado, habrá quien crea que sienten bien al *Catolicismo* la actitud impasible i conciliadora de la neutralidad i la mediacion, enfrente de ese partido que, como tan enérgica i elocuentemente lo describe el entendido periodista de Caracas, *estirpa en los pueblos todo amor a la verdad, encarna en ellos todo amor a la mentira, les adormece i aletarga i estingue sus afectos jenerosos, i les despierta i enardece i encona sus odios furibundos, i les hace repulsivo el bien i atractivo el mal i los pervierte de manera que llamen a la gloria infamia i a la infamia gloria?*

Si esto no fuera atacar directa e indirectamente la santa i divina relijion, a cuya defensa se ha consagrado este periódico; si esto no tendiera manifestamente al temerario i diabólico intento de echar a tierra el código celestial dictado por el Hijo de Dios, en el que se preconiza i ensalza la *verdad*, en el que se condena i se maldice la *mentira*, en el que se estimulan i vigorizan todos los *afectos jenerosos* del hombre, en el que se refrenan i anatematizan sus *odios furibundos*, en el que se le hace *repulsivo el mal i atractivo el bien*, en el que se le enseña a apreciar como *infamia* lo que un mundo, sensual i corrompido llama *gloria*, i como *gloria* lo que una filosofía materialista e impía considera *infamia*; si este propósito infernal no fuera el blanco a donde se enderezan todos los tiros de las baterías radicales, entonces justa i explicable por demas seria la prescindencia de *El Catolicismo* en los debates políticos que agitan la Confederación.

Pero apartando la vista de ese supuesto falso a todas luces, i mirando lo que en realidad pasa i que todos palpan con la triple evidencia de los ideólogos, ¿qué relijion i qué moral sostendría *El Catolicismo*, sino se mantuviese incesantemente sobre la brecha, rechazando los amagos de esos radicales que *mutan la fé en los pueblos para explotar su ceguera, que les crean una esperanza odiosa para alentarlos en su carrera inicua, que matan en ellos la caridad para explotar sus odios?*

¿Qué relijion i qué moral sostendría *El Catolicismo*, si permaneciese indiferente delante del satánico empeño de los radicales por dar muerte a esa *fé*, a esa *esperanza*, a esa *caridad* que sirven de cimientos, de columnas i de techumbre al grandioso e inmortal edificio que el Cristo del Señor vino a construir en la tierra?

No! la prescindencia de *El Catolicismo* en la política nacional, mientras el partido radical figura como beligerante, equivaldría a la más vil apostasía, a la más infame negación de la causa que, por la misericordia divina, se honra i se gloria de sostener. Su pretendida mediación entre conservadores i radicales, entre los que están del lado de Dios i de la Patria i los que, a trueque de ser los primeros actores en el escenario del mundo, reniegan de la Patria i crucifican a Dios; su pretendida mediación entre tales lidiadores, sería tan criminal, tan deshonrosa, como criminal i deshonrosa sería su mediación entre Dios i Belial, entre el cielo i el infierno, entre la verdad i la mentira! Porque si escrito está que *ninguno puede servir a dos señores*, más resulta la necesidad de que, entre dos señores de pretensiones i aspiraciones contrarias, nos resolvamos a ser declarados adversarios del uno si queremos ser celosos servidores del otro: i tal sucede a quien se halla entre el catolicismo i el radicalismo, es decir, entre la luz i las tinieblas, entre Dios i el diablo.

*El Catolicismo*, pues, no puede ni debe dejar de tener partido, mientras el apellidado radical se mantenga en la arena política; porque si *El Catolicismo* es el órgano autorizado de la Iglesia en la Nueva Granada, si es el eco genuino de sus intereses, mal podría sostener esos títulos, guardando silencio o afectando neutralidad para con una secta social que precisamente arremete sin reparo contra los principios incontrastables, contra las tradiciones sacrosantas de la Iglesia.

Para que *El Catolicismo* pudiera justificarse ante Dios i los hombres de no tomar parte en las contiendas actuales del país, sería preciso que la Iglesia granadina pudiese justificarse de ser indiferente a esas contiendas; i para que la Iglesia granadina pudiera justificarse de esa indiferencia, en el caso irrealizable de que así lo practicara, sería preciso que también hubieran podido justificarse de indiferencia análoga, si por imposible así hubiera sucedido, la Iglesia de los siglos 4.º i 5.º en presencia de la propaganda arriana, la de la edad media en presencia de la albigense, la de la Europa moderna en presencia de la calvinista; i aun sin aventurarnos a incurrir en exajeraciones hiperbólicas, la justificación de nuestra Iglesia sería infinitamente más difícil, porque los doctrinarios de las sectas mencionadas, dejaban siquiera alguna autoridad a la Iglesia, por lo ménos en la enseñanza de aquellos dogmas que no atacaban; al paso que los sectarios de la comunión radical, lo niegan todo a la Esposa de Cristo.

Bajo la influencia i a la luz de estas apreciaciones hemos desempeñado nuestra labor, desde que el Ilmo. Sr. Arzobispo nos hizo el honor de confiar nos la redacción de este periódico; i como quiera que no ha habido hasta ahora motivo alguno que en conciencia nos retraiga de esta senda, continuaremos trillándola con fidelidad i constancia, seguros de que así correspondemos cumplida i lealmente a la confianza con que se nos ha honrado.

## BIENVENIDA.

671

Quando hace dos semanas, anunció la prensa volante de esta capital el arribo del señor ARBOLEDA a las playas de Santamarta, contuvimos los justos arranques del patriotismo i la amistad para dar al recién llegado la doble bienvenida en nombre de la Patria, porque ella no puede ménos que regocijarse al saber que uno de los hijos que mas la honran, obedece a sus llamamientos en momentos en

que puede favorecerla i consolarla con servicios tan oportunos como interesantes; en nombre de la amistad, porque esta se promete una viva satisfacción al abrazar al ciudadano a quien amamos con todo el entusiasmo de un afecto desinteresado i únicamente basado en el merecido homenaje que tributamos a sus cualidades personales.

Pero ¿por qué nos abstuvimos entonces de cumplir con ese doble deber? Porque conocedores del señor Arboleda, sabíamos muy bien que muy pronto nos daría ocasión de saludarle, no simplemente con las enhorabuenas de los que aplauden su espontaneidad i desprendimiento para volar al socorro de la legitimidad en conflictos como los actuales, i con la cordialidad de sus numerosos amigos i apreciadores, sino también con los vítores i aclamaciones a que son acreedores los que lidian i vencen en el campo del honor.

Sabíamos que el señor Arboleda era el mismo esforzado patriota a quien vimos en 1854, contentiendo con el solo ascendiente de su valor i de su firmeza de hierro los aterrados restos del ejército radical vencido en Zipaquirá i en Tiquisá por su temeridad i por su loca manía de desautorizarlo todo, hasta la disciplina militar en frente del enemigo, i que arrastrado en su vergonzosa dispersión hasta las riberas del Magdalena, hubiera comunicado su desaliento i espanto a los pocos valientes que allí se hallaban, a no haberles servido de estímulo i de barrera la serenidad i presencia de ánimo del señor Arboleda, quien digna i admirablemente secundaba los prodigios de constancia i arrojo del benemérito i heroico Jeneral Paris. Sabíamos que el señor Arboleda era el mismo valiente guerrero, a quien admiramos en los cuarteles de Guánuas, sorprendiendo i desconcertando a un enemigo formidablemente atrincherado en inexpugnables posiciones i con fuerzas cuádruplas de las de su donodado agresor.

Sabíamos todo esto, i ello fué el motivo que nos indujo a aguardar algunos días para saludar al señor Arboleda, con los plácemes i felicitaciones de nuevos triunfos. Tenemos la satisfacción de anunciar a nuestros lectores que no nos hemos equivocado: el señor Arboleda ha batallado en esta ocasión con los enemigos de la Patria i los ha vencido en lucha muy desigual, despues de días enteros en que su preciosa vida se ha visto a cada instante espuesta a las balas de los traidores: las calles de Santamarta han sido el teatro en donde el señor Arboleda ha demostrado, una vez mas, que la Nación tiene en él, no solo uno de sus mas cultos e ilustrados ciudadanos, sino también uno de los mas impávidos i peritos entre los guerreros llamados a salvarla de los horrores de la anarquía.

Sin reparo alguno damos espansion a estos sentimientos porque, a Dios gracias, la calumnia i la maledicencia no pueden tildarlos con las sospechas infamantes de una baja e interesada adulación; todo el mundo sabe que en nuestro estado nada tenemos que aguardar del señor Arboleda, cualquiera que sea el puesto a que la Providencia lo encumbre en su brillante carrera pública.

Concluimos, haciendo al cielo votos los mas fervientes porque el señor Arboleda llegue cuanto antes a la capital de la Confederación. La Patria saludará este acontecimiento como la prenda mas segura de la extinción de los focos revolucionarios de las costas del Atlántico i de las riberas del Bajo Magdalena, i quien sabe, si como el feliz presajio del sometimiento i estirpación de los rebeldes del Cauca,